

HOMBRE DE AMERICA

FUERTE Y LIBRE



ANUNCIACIÓN

Zincografía de PEDRO OLMOS

ENCUESTA MUNDIAL: PAZ Y RECONSTRUCCIÓN POSBELICA
RESPUESTAS EN ESTE NUMERO
Dres. Jorge F. Nicolai, Saúl Taborda y J. Murillo Vacarezza

30 Cts.
0.10 dólar en el
exterior

20

Los psicólogos no se olvidan de citar a William James cuando discutan sobre la adquisición de hábitos y la radicación de hábitos ya organizados.

Entretanto, hay verdades aparentes que son tan notorias por verdades inequívocas tan sólo a fuerza de ser repetidas.

Por ejemplo, dice ese notable psicólogo norteamericano desaparecido, el doctor James, que es, sin embargo, un hoy seguido de cerca por los estudiosos de la ciencia psicológica, que al emprender el trabajo de abolir un comportamiento habitual, una forma de conducta establecida, se debe seguir las máximas de Alejandro Bain, casi los dos ellos referentes a hábitos malos. De ellos se deducen dos grandes afirmaciones —expone James—. La primera es que, en la adquisición de un hábito o en la supresión de uno anterior, debemos tratar de lanzarnos a la tarea con iniciativas tan intensas y decididas como nos sea posible. La segunda, que no se permite una excepción hasta que el nuevo hábito esté profundamente arraigado en nuestra vida.

Todos concuerdan en que debemos hacer del sistema conocido "un aliado y no un enemigo". Como nosotros nos tomamos esclavos de nuestros hábitos y no resultó fácil de borrar o eliminar aquellos que conspiran contra nuestra existencia. Se aconseja "fuerza de voluntad", "fuerza moral" y otras abstracciones sin realidad, además de su sonoridad verbal, y difícilmente creíbles, cuando damos un significado reprochable a esa "entidad" misteriosa sin apelar a explicaciones místicas. En "voluntad" no hay una cosa tangible, de la que se pueda valer el individuo para llamarse en auxilio de sus aspiraciones. La literatura de Montezozza o de Marden, como otras que igualmente traducen optimismo, es un sonoro conjunto de términos agradables en afirmaciones vacías de todo contenido. Al vulgo le atraen las "personificaciones" porque el animismo tiene profundas raíces en la naturaleza humana. El hombre es mucho más corazón que cerebro, si es que se puede traducir así el doble carácter del psiquismo: "emotividad-creencia" e "inteligencia-racionalidad".

Para la supresión de un hábito, el psicólogo nos aconseja a premu-

ras de determinación y confianza. "Se acumularán —escribe James—, todas las circunstancias que puedan reforzar los motivos adecuados; nos colocaremos asiduamente en las condiciones que nos estimulen a la nueva vida, haciendo así incompatible todo compromiso con la anterior; inclusive haremos una declaración pública al caso lo exige; en suma, se rodeará el resultado de todos los compromisos posibles. Así dará a la iniciativa tal suma de obligaciones que evitará la tentación de romperla, como ocurriría de otro modo y cada día que pase, se disminuirán las probabilidades de que la decisión tomada se mantenga".

En ello hay, sin duda, cierta porción de verdad. Por eso mismo, si tomamos las conversaciones en sentido absoluto, dejaremos un amplio margen a los fracasos, porque la experiencia y la observación nos muestran que es necesario prevenirlas. En la práctica, contra algunos falacias mal observados.

En muchos casos, hacer declaración pública de una iniciativa no es reforzar la determinación. Puede, inclusive, contribuir a debilitarla, al desplazando la influencia del campo subjetivo al campo objetivo.

El valor de una determinación reside en los motivos interiores. Las intenciones externas sólo actúan como elementos dindímicos cuando se interiorizan, amalgamándose con los móviles internos que dan al individuo su decisión.

La deliberación silenciosa, la decisión íntima a que llega el individuo que se convence que debe actuar de cierto modo, son quienes inspiran su comportamiento. Preguntar la resolución, para fortalecerla, es, en primer lugar, dudar de la propia capacidad de acción, es poner de la debilidad de la iniciativa. Cuando tal cosa acontece el resultado es contraproducente. Se desplaza el foco de energías al campo extrínseco y los móviles adversos se refuerzan.

Cuando se establece un conflicto, una competición entre la personalidad del individuo y la personalidad ajena, un complicado mecanismo de defensas, de justificación y racionalización, ayuda a la conciencia per-

sonal. La dificultad es mayor, más acentuada es el conflicto cuando los choques se procesan en el campo afectivo-moral de la propia personalidad. Es sin duda motivo de intenso disgusto el rebajarse a los ojos de los demás. Sin embargo, el rebajarse ante sí mismo, es un motivo plausible, disgusta más aún. El recordamiento, por ejemplo, es angustioso; la censura no es más que irritante.

La observación común demuestra que entre personas habituadas al tabaco, por ejemplo, es frecuente la intención de abolir el vicio. En vez de recurrir a la práctica en iniciativas silenciosas, buscan el apoyo exterior haciendo pública la resolución tomada. Dos motivos concurren a eso: la exaltación de la propia personalidad, haciendo conocer a los demás su capacidad voluntaria y el retorno de la propia determinación, por la obligación moral de corresponder a una promesa. Entretanto, ¿qué pasa por la común? Luchando contra el deseo imperioso de volver al camino habitual pasan y emplean sus energías no en la prosecución del fin anhelado, sino en el descubrimiento de los medios de enajenar a los demás y de intelectualizar su conducta, es decir, de justificar el abandono de la decisión tomada con anterioridad.

No es valioso afirmar, aquí, que la sugestión ajena, de profesores, de amigos, de familiares, es, principalmente, no tenga influencia como refuerzo a la decisión del paciente de suprimir un hábito pernicioso. Sin embargo, nos parece que la liberación de las fuerzas psicológicas interiores, que hacen presión contra hábitos y aptitudes bien definidos, traen al individuo cierto alivio. Su transgresión al propio objetivo, desplaza la lucha, haciéndola menos penosa para el paciente, puesto que deja de luchar contra sus propias opiniones y correcciones para hacerlo en favor de ellas.

La cuestión es mucho más compleja de lo que parece a primera vista. Nuevos datos de observación, nuevos hipótesis, nuevos argumentos deben ser examinados a la luz del pensamiento reflexivo. Por ahora nos contentamos con focalizar el problema en su aspecto más elemental, la necesidad de cierto escepticismo en la afirmación de William James cuando aconseja "hacer pública la iniciativa".

DR. JOAO DE SOUZA FERRAZ

LA LUCHA ANTICAPITALISTA RECONQUISTAS DEL SOCIAL

Una de las razones por las cuales hemos creado la ASOCIACIÓN AMÉRICA LIBRE, es la convicción de que aun cuando se triunfe en el terreno de las armas sobre las potencias nazifascistas, sólo se ha de extirpar el totalitarismo si los pueblos, las masas laboriosas de todos los países, adquieren una plena conciencia del carácter social de ese mal, y se unen todos los esfuerzos en una clara determinación de vencerlo. Para ello, no basta ni nuestro juicio poner la simple posesión de combatir, sino saber ciencia cierta que la de combatir por una finalidad liberadora, por una superación efectiva del régimen social que día a día origina el fenómeno totalitario.

La falta de esa conciencia combativa se manifiesta en el movimiento antitotalitario de casi todos nuestros países. Al hecho alientista auspiciado de que, la lucha antitotalitaria ocupa el primer plano en el interés de todos los que sienten inquietud por el porvenir inmediato de la humanidad, se contraponen la realidad deprimente de grandes organizaciones de izquierda —políticas, sindicales, populares— cuya actividad se diluye en un apoyo incondicional a los gobernantes de las potencias democráticas en guerra. Por un lado, el conjunto antitotalitario se fortalece con la alianza de hombres y mujeres en quienes despierta el anhelo combativo por factores puramente emotivos, como reacción humana ante las brutalidades del fascismo ensañado en toda Europa; por otro, se debilita con la falta de fe, la inoperancia, la esterilidad de sus acciones, la carencia de contenido social profundo.

No es que pretendamos que como esa preña se establece un programa reconstructivo completo, para así dar una base positiva a la lucha antitotalitaria. Aun deseando fervientemente tal concreción de ideas, sabemos que existe dificultad para conseguirlo, y que hay que combatir hoy mismo al nazifascismo, en todas las formas posibles.

Pero no podemos confiar tampoco en los resultados de una acción que sólo abarca la superficie del problema. Demasiado fresco está aún el recuerdo de los prodios que repetos que fueron nublados por el nazismo y no miraron a oponer una defensa adecuada, pues confían ciegamente en las "defensas diplomáticas", en la "neutralidad", en las honradas antitotalitarias de dirigentes como Reynaud, Daladier, Petain, Durrant, etc. Demasiado evidente es ahora mismo, la contradicción existente en quienes inculcan circunstancialmente a la libertad como oposición al totalitarismo nazifascista, y sostienen como fórmula de materialización social la libertad al establecimiento de una dictadura... así se llame porfascista. ¿O es que hemos de creer, además, que una vez vencido el totalitarismo (representado en esta guerra por el Eje nazifascista) se encargará la clase capitalista, burguesa de estructurar un sistema de "acuerdo de libertad"?

Se supone que todo elemento que milita en las izquierdas, está por encima de tanta ingenuidad política. Y, no obstante, cualquiera puede ver que el carácter del movimiento antitotalitario argentino es justamente ese, de ingenuidad y contradicción.

Toda la propaganda escrita u oral, todas las colectas, los Congresos, llevan un marcado sello de superficialidad: ayuda a las democracias en guerra, homenaje a héroes de ciertas poblaciones, cooperación interstatal americana, apoyo a los Estados Unidos, etc. Mientras tanto, los ele-

mentos fascistas actúan con absoluta impunidad, al amparo de una situación política que les otorga privilegios. Ellos son mucho más inteligentes para desarrollar su propaganda, y sus actividades; sostienen el soldado y la neutralidad nacional, hablan poco o nada del nazismo y explotan deficiencias del régimen democrático: sacan del fondo de nuestra historia los personajes políticos más reaccionarios y sacan partido del odio a los imperipalistas, como es el caso de los hombres bastante ingenuos, desengañados por la falta de contenido moral de los partidos populares y las organizaciones obreras mayoritarias. Las consecuencias notables de esa diferencia de métodos, se nos muestran al elevarse el nazismo, al elevarse el nazismo, a una enorme muchedumbre acompañando las manifestaciones izquierdistas, pero carente de valentía, apagada, reunida más por hábito que por entusiasmo; y en las manifestaciones fascistas, una juventud fascista agresiva, llena de fe en sus caudillos, con un espíritu de lucha que hace recordar, tristemente, a las juventudes alemanas de la socialdemocracia cuando se plegaron en grandes masas al hitlerismo por espíritu combativo, por encusar en cualquier acción el entusiasmo reprimido.

Eso por un lado, y por el otro la certeza de que muchos antifascistas sinceros, de convicciones liberales firmes, se mantienen al margen de toda actividad por no haber hallado el camino que les inspire confianza, el movimiento antitotalitario que lleve también un contenido de renovación social, debieran llevar a la realidad a los hombres que tienen sobre sí la responsabilidad, la de conducir a grandes masas de tal lucha.

Un panorama similar, con sólo la variación de caracteres de los ambientes respectivos, es el que ofrece el movimiento antitotalitario en casi todos los demás países de América. Perúcuer que se deja de lado el planteamiento de exigencias que son indispensables para que los pueblos puedan vivir una relativa libertad, supeditando todo a la intervención militar en la guerra, del lado de los Aliados. Las mejoras vendrán después de la victoria... El deber de confiar en tal promesa aquellos pueblos que concuerden de cerca, por haberlos sufrido en carne propia, cuáles son los métodos ordinarios de Getulio Vargas, Prado, el coronel Batista y otros ex dictadores fascistas volcados como no se puede negar, al "socialismo democrático" (Pueden los pueblos americanos esperar tranquilos a que en la postguerra sean solucionados todos los problemas económicos, industriales, del comercio interamericano, en virtud de la benevolencia de los dirigentes del capitalismo norteamericano?)

LA ASOCIACIÓN AMÉRICA LIBRE responde a esos interrogantes estableciendo claramente que "ha de alentar la lucha actual de todas las corrientes antitotalitarias, pero manteniéndose a través de tal acción conjunta la lucha integral por la existencia y la libertad de los pueblos americanos". Es decir, que sólo puede inspirarnos confianza la acción continental contra el enemigo más impostergable, si paralelamente se adquiere una conciencia absoluta de que esa lucha no será estéril, que el pueblo argentino, en sus intereses populares, en cuanto a conseguir mayores garantías de independencia política y económica, en cuanto a conquistar el derecho a modelar una estructura social de acuerdo con sus propias aspiraciones y no respondiendo a la presión de influencias extranjeras.

En momentos de declinación significación histórica, como los que vivimos, ante la proximidad de acontecimientos aun más trascendentales, los que habrán de determinar el curso de una nueva etapa en el desarrollo de la humanidad, es de vital importancia saber resistir la sugestión de las corrientes demagógicas, groseramente gregarias y confusionistas, las que suelen extraviar a las personas mejor intencionadas, sinceramente dispuestas a servir la causa del progreso social, haciéndolas actuar en un sentido totalmente opuesto al de sus más íntimos aspiraciones.

Es un hecho que puede comprobarse universalmente —por encima de las diferencias raciales, temperamentales, de clase, etc.— que la mayor parte de los individuos, ordinariamente indiferentes o poco movidos ante las luchas político-sociales que se desarrollan de un modo permanente entre minorías definidas y conscientes de sus intereses o ideales, suelen precipitarse a una actuación espontánea de adhesión o repulsa, cuando ante las luchas se aproximan a un punto culminante, para decidir con el peso de su acción el rumbo que habrán de tomar los acontecimientos. Esta acción, movida en su esencia más profunda por el sentimiento, puede ser de carácter positivo o negativo, puede ser de creaciones, en el sentido de la libertad y la justicia, si el impulso dinámico de las masas es canalizado por una orientación adecuada y justa. Pero, por las mismas causas, puede ser de carácter negativo y francamente regresivo si dicho impulso es desviado por una propaganda insidiosa, suficientemente hábil para impresionar a grandes contingentes populares y caracterizarlos hacia objetivos que sólo sirven a la ambición de dominio de determinados individuos o grupos dirigentes.

La historia contemporánea, la historia de nuestros días, ofrece de ambos casos, ejemplos concluyentes. El gran movimiento de masas que abarcó casi todos los países de Europe y América, desde la segunda mitad del siglo pasado, hasta la primera guerra mundial, en pos de reivindicaciones socialistas y liberales fue, con toda evidencia, un movimiento creador, al cual se deben todas las conquistas en materia política y social que han alcanzado los pueblos, venciendo una encarnada resistencia opuesta por los grupos privilegiados y reaccionarios. Ello fue posible porque hubo una adecuada conexión entre los impulsos creativos de las masas y la justicia y las ideas y conceptos que desarrollaron las minorías políticas y sociales de vanguardia y que impresionaron, por así decirlo, el ambiente de la época. De tal manera que en cierto modo, habiendo sido la fuerza de los valores tuvieron que ceder, admitiendo en parte los reformadores que habían combatido anteriormente. Si no lo hubieran hecho, es probable que habrían sido arrollados por la gran corriente popular que reclamaba simplemente reivindicaciones a tenor de las ideas dominantes en el preciso momento histórico en que aquella se manifestaba. Así se explica —y sólo así— el carácter liberal y socialista de las luchas que, reaccionando imperceptiblemente, se desarrollaron en la época de la revolución de la redención por grupos y partidos a menudo conservadores y burgueses. Como suele decirse, tuvieron que pagar el tributo a la época. La "época" era simplemente la conjunción de las ideas dominantes y las masas, por diversos conductos, penetraron en el seno de la masa explotada y postergada, fecundando y orientando su impulso instintivo hacia realizaciones de progreso social.

El mismo fenómeno, en sentido inverso, se ha manifestado en los últimos tiempos en algunos países donde las corrientes totalitarias —de matriz roja, negro o pardo— han logrado arrastrar a grandes multitudes, llegando a configurar verdaderos movimientos de masas. Considerando que el totalitarismo es la expresión más pura de la concentración absoluta del poder, con la eliminación de toda divergencia pública de opinión, la imposición de un partido único, de una autoridad entera omnipotente, contra la cual no puede constituirse una oposición efectiva. Algo esencialmente opuesto a lo que se entiende por liberalismo, democracia y también del socialismo, en su

NO DEBE PAGARSE TRIBUTO AL

verdadero sentido de justo orden de convivencia inseparable de la libertad política.

Sea cual fuera la ambición de poder, la brutalidad y la falta de escrúpulos de los jefes totalitarios de todas las latitudes y de todos los colores, no puede implicarse en la misma categoría, normalmente, a las grandes masas humanas que los han seguido en algunos lugares y oportunidades, en tanto hayan sido masas auténticas y no una tropa mercenaria o obediente, como es el caso, como en la revolución rusa, no tardó en manifestarse, una dictadura de partido sobre el proletariado y sobre el resto de la población, al reprimirse violentamente las demás corrientes revolucionarias y socialistas, para convertir los soviets —Consejos de obreros, soldados y campesinos— en instrumentos del partido bolchevique y al destruir a los sindicatos obreros, transformándolos en dependencias burocráticas del Estado, con lo que quitaba a los trabajadores toda posibilidad de defensa ante la prepotencia de los funcionarios burocráticos. Siguiendo la lógica de todo absolutismo, la dictadura de partido degeneró en dictadura personal, con la consiguiente supresión de toda oposición interna, convirtiendo en crimen la más leve crítica a la línea oficial y cualquier duda sobre la infalibilidad del "bencanado" jefe supremo. La obsecuencia, la falta de convicciones personales, el oportunismo y la demagogia o todo trancese se convirtieron en virtudes máximas en el partido, cuyo fundador, Lenin, había fustigado del modo más despiadado a los oportunistas, y demagogos que habían deshonrado al socialismo de la Segunda Internacional. Y esa corrupción y falta de escrúpulos de que hizo gala el stalinismo, trascendió al entero movimiento obrero y socialista mundial, despojando de toda parsimonia y capacidad de juicio y despreciando a millones de trabajadores que habían salido en la revolución rusa al advenimiento de una nueva era de justicia social.

Ello se tanto más peligroso cuando estamos en periodo de profunda transición, cuando todos esperan transformaciones fundamentales, sin que se haya precisado la índole de las mismas si fijado una orientación clara en grandes principios de conducta, permanentemente progresista, al extraordinario esfuerzo que se demanda a los pueblos. Estos momentos de incertidumbre y confusión son ideales para los demagogos, cuya finalidad es la de aprovechar la confusión para desorientar el espíritu y conducta como a entidad gregaria, sin capacidad de discriminación, al logro de objetivos contrarios al propio interés del pueblo sacrificado.

Hemos dicho que hay muchos demagogos y liberales que en sus actuaciones corren a los problemas del momento, pagan cierto tributo al totalitarismo en auge. Ello se manifiesta especialmente en la tendencia a proyectar una creciente intromisión del Estado en la vida individual y colectiva, lo que reduce el liberalismo de un modo a una simple ficción, tanta teórica como práctica. Pero más funesta y peligrosa es la expansión de una corriente que por sus ideas, sus métodos y finalidades políticas, reduce al totalitarismo, pero que se presenta bajo invocaciones ruidosamente democráticas y que en virtud de las determinaciones éticas de la presente guerra mundial, aparece involucrada en el bloque antibolchevique.

Nos referimos, por supuesto, a la corriente bolchevique. Favorecido por el caos que tomó la guerra a partir de la invasión nazi del territorio soviético, explotando políticamente la heroica lucha del pueblo ruso frente a las hordas hitlerianas y a la colaboración nazi, penetración en los medios obreros y populares, al amparo de fórmulas unionistas, absurdamente amplias —puesto que pretende abarcar secciones de la burguesía más conservadora— para cumplir con su propósito último de confusiónismo y disgregación, en vista a un proselitismo demagógico sin escrúpulos y una ulterior finalidad de

hegemonía, que es inseparable de la naturaleza oportunista y dictatorial de su doctrina y cuyas consecuencias han tenido que pagar muchas organizaciones que no pudieran evitar su influencia deletérea, fueron dominados, "colonizados" o bien divididos y disueltos.

Es que el stalinismo no puede actuar de otro modo, ya que es esencialmente absolutista y totalitario en su concepción política. La doctrina marxista de la dictadura del proletariado, que fue la base teórica del bolchevismo, en la revolución rusa, no tardó en manifestarse como una dictadura de partido sobre el proletariado y sobre el resto de la población, al reprimirse violentamente las demás corrientes revolucionarias y socialistas, para convertir los soviets —Consejos de obreros, soldados y campesinos— en instrumentos del partido bolchevique y al destruir a los sindicatos obreros, transformándolos en dependencias burocráticas del Estado, con lo que quitaba a los trabajadores toda posibilidad de defensa ante la prepotencia de los funcionarios burocráticos. Siguiendo la lógica de todo absolutismo, la dictadura de partido degeneró en dictadura personal, con la consiguiente supresión de toda oposición interna, convirtiendo en crimen la más leve crítica a la línea oficial y cualquier duda sobre la infalibilidad del "bencanado" jefe supremo. La obsecuencia, la falta de convicciones personales, el oportunismo y la demagogia o todo trancese se convirtieron en virtudes máximas en el partido, cuyo fundador, Lenin, había fustigado del modo más despiadado a los oportunistas, y demagogos que habían deshonrado al socialismo de la Segunda Internacional. Y esa corrupción y falta de escrúpulos de que hizo gala el stalinismo, trascendió al entero movimiento obrero y socialista mundial, despojando de toda parsimonia y capacidad de juicio y despreciando a millones de trabajadores que habían salido en la revolución rusa al advenimiento de una nueva era de justicia social.

Aunque sea de que a pesar de sus múltiples desviaciones en su actuación política y social, el stalinismo es auténticos movimientos revolucionarios, el stalinismo ha podido ejercer materialmente una influencia suficiente, al menos, para producir tales efectos deletéreos? Al acercarnos en esta oportunidad de este problema, hemos señalado que la causa de tal influencia reside en la decisiva sugestión del afianzamiento del poder soviético, como un hecho material y triunfante que apela a la esperanza y a la fe de las masas de apoyar sus esperanzas en una fuerza efectiva, sin culuras de considerar la naturaleza y los resultados sociales de esa fuerza. Los stalinistas han sabido sacar partido de esa sugestión generalizada de la que tampoco se apoyan sus presuntos orientadores — como también han sabido aprovecharla para sus fines los agentes nazis, que han impresionado a mucha gente desprevenida con la eficiencia industrial y militar del hitlerismo y su pretendida invencibilidad.

Esa fuerza, por lo que respecta a los bolcheviques, se ha acentuado, como sabemos, con las contingencias de la guerra y el decisivo papel que está jugando Rusia en la guerra para vencer y conquistar al nazifascismo. Más aún, la actitud fría, y de hostilidad apenas disimulada por parte de un sector de la burguesía aliada frente a Rusia y las medidas persecutorias que algunos gobiernos, como el de Inglaterra, han tomado contra los representantes del stalinismo, han tenido la virtud de provocar de rechazo cierta simpatía en determinados sectores populares que sin aquellas circunstancias no les habrían pres-

tado la menor atención. De ese modo, los agentes stalinistas encuentran facilitada su tarea de penetración, disgregación y copamiento, de cuyas consecuencias el movimiento obrero de este país, seccionado y corrompido en gran parte de sus núcleos dirigentes, constituye una prueba tristemente elocuente.

Pero todo eso nos resulta insignificante frente al problema de una adecuada orientación de los organismos obreros, populares, técnicos, etc., que habrán de intervenir activamente en una nueva reconstrucción —sea cual fuera la amplitud que ésta alcance— si se piensa que el stalinismo, como toda forma de totalitarismo, puede tener una influencia preponderante o sólo ponderable en esa vasta labor. Ello significaría simplemente que estaríamos confrontados con nuevas, aunque vergonzosas tentativas de ordenación totalitaria y los aspiraciones de libertad, lo que se entiende por auténtica democracia, se habrían esfumado una vez más.

Por lo demás, sabemos que el stalinismo no tiene en el orden mundial una finalidad revolucionaria ni un objetivo constructivo de ninguna especie, sino sólo el de adquirir la mayor influencia posible en todos los países donde actúa y poner esa influencia al servicio de los intereses circunstanciales y cambiantes del Estado soviético. Así como antes liquidó la teoría de la lucha de clases para proclamar la fórmula "salvadora" de los frentes populares, así como propone ahora la unión nacional sin exclusiones, debiendo comprenderse en ella incluso a los fascistas "arrepentidos", es posible que mañana vuelva a repicar la cuerda clasiasta y revolucionaria, abominando de sus consignas actuales. Pero en uno como en otro caso no se trata más que de maniobras oportunistas que nada tienen que ver con la defensa de la democracia como régimen político ni con la revolución como medio de progreso social. Sólo persiguen el objetivo que hemos señalado: influenciar a las masas, dominar o mediar las corrientes del partido para el afianzamiento del poder de Stalin o de sus sucesores. Un objetivo totalitario que sería sumamente lamentable como desmoronamiento de la gigantesca lucha de los pueblos contra el totalitarismo nazi-fascista.

Creemos que los organismos obreros y populares deben preocuparse seriamente de contrarrestar la infiltración hegemónica del stalinismo fijándose objetivos propios de lucha y desentendiéndose de todo asunto de demagogia en sus determinaciones, si no quieren desaparecer como entidades libres, dotadas de personalidad política o social y destinadas a determinados fines de interés colectivo. Los stalinistas se libran de las restricciones y persecuciones que opone el gobierno contra los agentes de esa corriente, que rivalizan con los partidos tradicionales en patriotismo y devoción a la legalidad establecida. Rechazan esas medidas restrictivas por principio libertario y por la convicción de su carácter inocuo y contraproducente, pues facilitan más que impiden el proselitismo stalinista. Pero es necesario que los organismos obreros y populares se libren de la fuerza y judicial, los anticorruptivos y consecuentes, y se libren activamente sus organizaciones, combatiendo la sugestión de la demagogia bolchevique que se introduce en ellas como una nueva columna, para desmenuzarse y realizarse sembrando la confusión y el caos, tal como en los ideales contrarios para contribuir a una libre y equitativa reconstrucción de la sociedad.

JACOBO PRINCE

Lin-Yutang, que es de los grandes intelectuales del mundo a quien podría señalarse como caso de hombre que plantea desde su "Quinto Tiempo histórico"—sin dejar por eso de ser universal—, los escritos los más penetrantes y libres opiniones sobre la responsabilidad de los escritores profesionales en estos nuestros azarosos tiempos. El, con la extraordinaria autoridad de un chino, que sigue siendo profundamente chino, a pesar de sus contactos e influencias con el mundo occidental, ha llamado qué más las miras, oídos y cerebros de los escritores profesionales, para que no se dejen seducir por los fáciles prejuicios, pretendan controlar el mundo nuevo a imagen y semejanza de su encendido fantasma.

Los críticos del valiente escritor austriaco asustan delimitar los flujos. Vienen de un gran representante del moderno pensamiento oriental, cuyo pleno liberador de criterio ha sido desbordado en sus límites. Ellos sólo validarán el homogeneo del mundo al pensador que, como Nietzsche, "dice su política y se rompe". Porque, estamos o no de acuerdo con sus ideas políticas y sociales, lo que importa es su relación con sus propios sentimientos.

A nosotros los indolentes nos toca en mucho la observación de Lin-Yutang sobre la peligrosa influencia de los intelectuales en este mundo de "doblar la esquina" en que se halla la humanidad. Se oyen tan pocas voces de orientación y se leen tantas y tan desiguales. Los intelectuales, al desentendimiento, que hay esculca para temer, y mucho, del destino de los pueblos colapsados a tan perturbados estadios.

Pero los que no tenemos función de "intelectuales puros" resultamos extraordinariamente desconcertados al intento de seguir la línea de pensamiento de nuestros prófugos hacia lo inteligente. Leemos algunos libros los más extraños optimistas o los más despreocupados de sus matices. Otros, escuchando, acaso sus simpatías fascistas, siguen trocando el mundo y la vida en un juego de palabras. Algunos, al leer, se olvidan de América sin darse cuenta los profundos cambios que en ella se han operado. Otros se entregan al fácil papel de cortillos chusquesos del pensamiento oficial de los posibles vencedores. Y los que creen ser más avanzados, "siguen esperando positivamente de Rusia el nuevo advenimiento".

Entre los principales grupos de escritores globalmente distanciados en esa nota hay, claro está, innumerable matiz. Tenemos, por ejemplo, el escritor imperialista pro británico que llama advertencias más o menos distorsionadas, contra la exposición norteamericana. Y si se le pregunta cómo se siente al estar en un país tan lejano y tan lejos de su tierra, responde: «Me siento como un extranjero en mi propia tierra». Suerte de la India y no por lo de su propia tierra. De este subgroup hay numerosas variantes a su vez, como el que considera que ser un "leal servido" de la causa democrática es ignorar ciertos conceptos "terrosos hechos y aún ciertas referencias. Así leña base por un instante, pero cuando se trata de las cosas de la vida real, uno debe ser un "leal imperio norteamericano", como quien se avergüenza de que en nuestros tiempos se haya inventado tal falsedad...

Para este último tipo de "misa realista que el rey", vale el record de los propios neorrealismos honestos y constructivos. Y vale recordarlos —sin ir muy lejos— las siguientes palabras del vicepresidente de la Generalidad de Navarra Amador de Irujo, cuando en 1936, pocos días en Guayquil: "Si la liberación del pueblo por el que estamos luchando se convierte otra vez en imperichismo y opresión esta terrible guerra habrá sido en vano. Si este sacrificio de sangre y de esfuerzos nos trae nuevamente la concentración de la riqueza en manos de unos pocos, y las grandes fortunas de la guerra en general, la Democracia habrá fracasado entonces íntegramente. Si, en cambio, la guerra trae para el pueblo en general, la Democracia habrá fracasado entonces íntegramente".

Y éstos no son conceptos de un intelectual, sino de un hombre de acción y de un político que es el segundo ciudadano de la más poderosa nación industrial y financiera de nuestros tiempos, que nos enseña a usar las verdaderas palabras. Y él dice a los poderosos escritores que quieren olvidar el pasado para entrar en un mundo idílico y virgen, que la historia no se hace así. Porque el mal y la injusticia, son también negaciones anteriores y necesarias en el proceso dialéctico de la vida social.

Y a propósito de dialéctica, importa recordar que las esencias morales y las "ideologías" que han adoptado la "ética del silencio" frente a los problemas que antes atormentaban con gran desasosiego, en virtud de lo que hoy se llama "la revolución silenciosa", son el resultado de su modo de su propia interpretación realista y verdaderamente revolucionaria de las grandes consecuencias universales. La guerra es guerra sí, y hay que ganarla, pero es también camino asombroso hacia la paz que no será posible sin un verdadero nuevo orden. Y éste a su vez debe ser "anti" nada, sino "pro"... algo: O demócrata, o comunista; o burgués o proletario. He aquí lo que hasta ahora falta a los voceros intelectuales del marxismo ortodoxo fuera de sus

vocaciones quattreras y de sus fratréticas loas a la necesaria cohesión de las Naciones Unidas.

Parece que no se abandonó los escalares criollos —o gran parte de ellos— la actitud de deslumbramiento que ha sido poderoso determinante de nuestro colonialismo mental de antaño. Siguen expectando y glosando, pero siguen deslumbrados. Y aunque es cierto que hay muchos raros para estremecerse ante el crujir de toda la arquitectura de una gran Edad de la Historia, es de mucha importancia no perder minuto en la apreciación del fenómeno como tal y en la interpretación previsa de sus proyecciones sobre nuestro continente.

De este tipo de expresiones intelectuales nos faltan. Los grandes países del oro y del acero han oído y van oyendo voces premiosónicas como las del estadista norteamericano que acabo de citar. Insinuativas o no, valen mucho para ellos los palabreros de H. G. Wells y la de tantos otros profetas del orden futuro. Pero aquí, aquí en nuestra América apenas si escuchamos al divagador glosar de aquellos voces.

En el número de Noviembre-Diciembre de "Cuadernos Americanos" de México—muy tristemente conocido en el País—ha publicado el escritor español Juan Larrosa nutrida y sugeridora carta-ensayo que titula "Hacia una Definición de América". Claro está que en ello se trata de "América" en globo—de Panamérica—, y que por lo naturalidad del mensaje, de español a español, no ahonda mucho en el profundo tema. Pero literatura así complica lo leve. El escritor no dice, que seguramente sea culpa de su condición de extranjero, lo que él quiere decir. Escribe en su desorientación política aprovechada por el nazificacionismo parece vislumbrar como emoción el futuro de este Nuevo Mundo nuestro.

Dice, por ejemplo: "El destino de América no es aquel que conciben abstractados del resto, ciertos intereses económicos, sino el que reclaman los intereses profundos de la especie: la racionalidad en su nivel exaltado, la suma de los valores materiales y espirituales superiores de los que depende la integración orgánica del hombre en el cosmos". Estas palabras abren ancho espacio al debate y a la fecunda opinión, porque tratan hacia nuestras latitudes el loco de un pensamiento amputado.

[illegible]

Y para nosotros los indomercados el Imperativo es Ineludible: somos parte de un Hemisferio cuyo más avolucionado sector growth cada vez con mayor dominio no sólo sobre nosotros sino sobre el mundo todo. No nos basta hablar de "América" o de la "Unidad del Hemisferio", así, con condor autnástico de tiempos de guerra. Hay algo más hondo y más grave en todo esto. Hay un problema de búsqueda de equilibrio. Y, para cada país indomercado, el deber de encontrarse a sí mismo como individualidad inderrollada, inseparable a su vez de un todo continental que debe desenvolverse en un mundo de expresiones continentales.

No es un problema de desconfianza hacia una contemporánea actitud política, y sincera de los gobernantes de Norteamérica. Es un problema de coordinación de fuerzas históricas el que va a resolverse en nuestro Hemisferio por encima de buenas voluntades. Y sobre él los intelectuales no han dicho nada revelador y enrumador todavía.

Ya sabemos que los Estados Unidos son "potentes y grandes". Ya sabemos que esta guerra hace de nosotros vecinos el primer poder del planeta. Ya sabemos todo eso... Lo que no sabemos cuál será el derrotero de nuestro futuro, pegados a tanta grandeza y poderío. Y una vez, siquiera como admonición autorizada, de nosotros y para nosotros, es necesario ya fuera del campo específico de la po-

Incahuasi, Perú, mayo 1943

Prof. Dr. Jorge Z. Nicolai

Hambre de ciencia y saciólogo de renombre mundial. Autor, entre otras obras fundamentales, de "La Biología de lo Guerra".

Biológico, como la diversificación es siempre inevitable en la uniformidad, lo justifica el deseo de mantener las viejas nacionalidades, aun en un futuro mundo cosmopolita, al menos transitoriamente, hasta que la creciente diferenciación de las individuos haga superflua toda otra distinción. Pero, si la noción de la nacionalidad es una realidad, la nación tiene que sujetarse al orden internacional, que como necesidad vital, es el "sine qua non" de todo progreso futuro; y para poder considerar a las naciones como factor cultural, se debe naturalmente evitar el absurdo de querer imponerles un orden arbitrario, que no tiene sino como finalidad la ingenuidad de hacerlas depender exclusivamente de la casualidad del lugar natal (con que se degrada al hombre reduciéndolo a un mero abjeto sin autodeterminación); hay que elaborar en cambio la noción de "concepto de nación", que es fundamentalmente no sería factible si cada uno no pudiera elegir la suya libremente.

Tres siglos, la casualidad del nacer prescribió al hombre su religión (*"cujus regio, ejus religio"*), servidumbre, que, legalmente, se ha abolido en los países civilizados. Pero, respecto a la nacionalidad socializada, merece mención, en el orden de la vida, el hecho de que quien siente congenialidad y simpatía espiritual con las instituciones inglesas, pudiera, dondequiera que viviese, cambiar su nacionalidad tal como la puede hacer con su religión, sea tan natural —sobre todo en una época que valoriza tanto el amor a la patria y el patriotismo— como lo es la consigna anárquica de una guerra (*"que tanto extranjero como eventual enemigo quinolocomunistas serían realmente un peligro"*) que todavía no se haya logrado esta libertad de conciencia, y que ni siquiera alguien piense en pedirla.

La nacionalidad extranjera no es ciudadanía y no otorga a los que no viven en el respectivo país ningún derecho (fuera de los ideológicos), mas tampoco les priva de ningún derecho en su patria. La "tolerancia Nacional" debe consistir en la tolerancia de los derechos de los extranjeros, tales como los no convertidos, por supuesto también de las derechas políticas —sobre todo de ellas— pues en esto reside el truco de la medida: los Estados que no tienen derecho a existir, que se han formado a base de conquistas o de otras casualidades históricas, que no están unidos espontáneamente por la voluntad de sus súbditos, que son mal gobernados, o, por otras razones, superfluos, al irse llenando de "extranjeros" que al fin de cuentas disolverían legalmente su Estado, no arruinan sus razones, en absoluto, sino que las fortalecen. Y de ellas hay muchas *discrepancias* con las auténticas certezas.

En la ridícula tesis nazi del "Herrenvolk" (pueblo-omo), hay un núcleo de verdad que juzga un deber, desde el punto de vista biológico, ético y educativo, fomentar lo

bueno a costa de lo malo, ya se trate de individuos o de grupos. Sólo que sea bueno de verdad, lo que no se comprueba por vindicarlo el mismo interesado, ni tampoco por ser impuesto por la fuerza de su belicosidad bárbara, sino, como se dice en la fábula de los tres anillos, por sus esfuerzos en "hacerse agradable ante Dios y los hombres", pues sólo los otros, sólo la humanidad entera podría entregarle la palma.

Es evidente que la posibilidad del crecimiento nacional, a consecuencia del esfuerzo de ser humano, sería un poderoso factor del progreso (ya que así la selección selectiva seguiría calidades humanas). Hasta hoy es esto un *ipsum desiderium*, un anhelo irrealizable, que sin embargo, inferioridad causada por la falta de la *Todennation*, pues visto que entonces la única oportunidad de engrandecer su nación consistiría en conquistar el aplauso y la simpatía del mundo, los que aman a su patria, en vez de rivalizar en armamentos, rivalizarían en medidas benéficas y harían lo posible para que su Estado sea un modelo de inferioridad causada por la falta de la *Todennation* para el progreso, como antes se luchaba por la destrucción.

Dar o lo mismo valor selectivo es ciertamente oportuno, y, como no se puede pedir a los pueblos ser buenos sin mostrarles una ventaja palpable de tal actitud, la idea de la *Tolerancia Notional*, que vincula la emulación pacífica con un acrecentamiento que antes sólo la guerra podía sacar, me parece oportuna también.

Pero lo más urgente es la creación de un gobierno provisional que asegure la celebración, o no, de otro nombramiento de la misma. Sin esta medida, no se puede hablar, ya que todos los entendidos están conformes, y hasta los no-entendidos apenas se oponen: solo que hasta ahora no han tomado buena nota de que la misma organización, que tan fácilmente se fuerza a una proporción política, pero que no es un ejército, es necesaria con las soberanías nacionales. Sin acabar con ellas, una vez se va a destruir y bastante radicalmente, el ensayo de una Liga no renoverá solo las tristes tiempos del vicio Imperio Alemán, sino que también los de la República de Weimar, que requieren legítima y puso trabajo a cada acción común y que, a su final lamentable. Las naciones pueden emularse entre sí, como hay las ciudadanas en un Estado; pueden también, como hoy las sociedades anónimas, darse estatutos, que no son más que un contrato, y que, como las leyes internacionales permiten. La Liga de Ginebra fracasó, no solo porque no era internacional (ausencia de EE. UU.) sino también porque quería ser una "Liga de Naciones Soberanas", como si soberanos lo que significa "no sometidos" a nadie, fueran los miembros de una "liga" o "unión" que sus miembros a ciertos plazos

Esta *Visa Churchill y Roosevelt* parecen resueltas a quedarse a medio camino: pero yo se anuncian protestas, como la declaración del ministro de Holanda en Bruselas: "Klein, Klein, Klein", que las naciones van con las grandes con la que se ostrastría toda labor de la dign: pues, aunque a veces sea así, si dos naciones con un millón de habitantes pudieran mayarizar una de cien, representaría una injusticia al céntuplo, y entregaría la Liga a merced de muchas pequeñas naciones que no valen lo que cuesta el mantenimiento de la gran fuerza nacional: como se habla por boca de Van der Meer, en contra de la cual me despertó el carife a la "Nueva Patria" de la humanidad, y crear así un ambiente en que el "Nuevo Orden del Mundo" pueda realizarse.

Cuando Churchill, hablando de los "Consejos de Europa y de Asia" —que como administraciones locales son ciertamente útiles— no mencionó la autoridad central, sin duda a cual estos consejos —con Panamérica como tercero— significarían sólo tres nuevos centros poderosos, y cuyos intereses antagónicos los predestinarán a conflictos futuros, quizás la omitió solamente para no ofender rencores tradicionalistas, pero los escritores independientes pueden ser fran-

Pero el inmediato del centro mundial a crearse, no consiste en la imposición de un concepto del mundo, que tiene que surgir de la libre competencia de las ideas, sino en el reconocimiento de la existencia de los pueblos, y pensar sobre los anglosajones que se quiera, amales o no, pero no puede negarse el hecho histórico de que en el último siglo han demostrado ser los únicos que saben administrar, y que, por lo tanto, han sido y serán, necesariamente, la razón de conservar las nacionalidades, aun en un mundo internacional, ero la de poder usarlas, cada una según su particularidad, en el servicio de la totalidad; ¿Por qué, pues, no se ha pensado en el mundo, como en los países, no los más aptos para administrar, en esta su profesión, tal como ya todo el Lejano Oriente se sirve de los sikhs como policías, porque para esto son buenos? Hay también una gran diferencia entre el mundo y los países, y es que no sólo palse tringiendo en forma ejemplar, pero carecen de la experiencia mundial, y no tienen bastante fuerza tras de si, para imponer todo, los ingleses son siempre los mejores, o si se quiere, los más hábiles, pero no los más fuertes, y en el mundo están todas de acuerdo que es así: sus amigos, opositores y conscientemente; y los anglofilos, negativos e inconscientes, que se quieren, pero no se quieren, y que se quieren, y en la tierra, suelen reprocharle no haber impedido en tal o cual ocasión tal o cual atrocidad. Nadie culpa a Francia o a Inglaterra, de que el otro se haya tomado tantas cosas, ni siquiera de que se haya tomado tantas cosas, sino de que el abandono por los últimos de la Liga, quizás fuese crítica

Pocos son los que se interesan por el internacionalismo (vale decir, que aman a la humanidad, o sea, que sepan lo que significa ser hombre); la ola nacional fue demasiado captadora: lo económico y la democracia les parecen más importantes (dos preguntas que ustedes plantean en la encuesta). De la democracia no sé siquiera lo que la palabra

5° — ¿Cuáles son los medios más adecuados para hacer que predomine la voz y la opinión de los pueblos, evitando la repetición de los errores de la paz posterior a la paz contienda?

lingüique; y a veces cuántos alquilados y aliegos tiraban pasan por ser democráticos, (cuántas veces los bolcheviques, que eran una vez "socialdemócratas" han alternado entre democracia y antidemocracia en las perspectivas de su gobierno. En 1917, en el fin, al nuevo que para algunos la misma Rusia representaba la democracia, y para otros la otra Rusia y EE. UU., por terceros la Alemania actual (puesto que en ella los instintos populares gobiernan los menos feroces), me parece que los demás no lo saben tan bien como yo. En el fin, de los falsos de moda que tanto acalla mi conciencia, me parece que el concepto del gobierno se incline (lo que no es fácil pero tampoco imposible) más y más hacia el concepto de la administración, que obviamente, está mejor en manos de técnicos, que de políticos, y que los políticos, si verdaderamente puede, y en mi opinión se la debe satisfacer, procedido a todos, no sólo aparentemente, sino de veras, las mismas oportunidades para que los malos asciendan, y los demás queden en su honesta (oscuridad). Se les puede aún concebir, como a los malos, como a los buenos, como a los malos, como a los idóneos (es realmente un poco ridícula exigir un examen para sacar malos, y permitir a cualquiera entrar lo mucho mayor responsabilidad de un diputado). ¡No! ¡Los malos tienen que administrar el Estado, como ya lo hacen los malos, y los buenos, como ya lo hacen los buenos, y todo tienen que procurar que se produzca lo bastante para que todos puedan comer, distribuirlo en forma equitativa para que todos estén contentos y, por lo demás, dejar a todos la libertad de pensar, hablar y escribir como les parezca (aunque yo quisiera que los malos no se expresaran, y que correspondiera aproximadamente al equilibrio natural de las fuerzas sociales, podría quizás llamarse democracia).

Las masas no deberían hacer lo que los viene en general, pero, vez sin embargo lo harán todavía: en el movimiento revolucionario, en la guerra, en la revolución, en la agonía. Será legal, bárbaro, pero en las condiciones dadas, como último acto del pasado, hasta oportuno para evitarlo a los vencedores el castigo de los culpables, y aquellos pujan así desde el principio ocuparse con la reducción, como ya lo hacen, de las masas, y de las masas, y de la reducción apenas podrá hacerse en forma eficaz, sólo si, durante cierto tiempo, Alemania es educada como colonia; y ojalá que bajo tal régimen los alemanes aprendan lo que como pueblo autónomo nunca han aprendido: ¡qué es la

Que hacían años se sobrestimara lo económico frente a lo político, es harto comprensible; pues mientras el único avance político que valiera —lo substitución del caos nacionalista por un orden mundial, anhelado por los mejores de todos los tiempos— parecía tan utópico como siempre, ya que todos los primitivos medios de comunicación no admitían todavía una efectiva unidad del mundo, la eco-

De modo que los pacíficos en el mundo tienen, contando sólo a los adherentes convencidos, una mayoría de dos tercios, y, de hecho, una de cuatro quintos o aun de nueve décimas.

Con estas cifras estadísticas, que se refieren al año en que la guerra se inició, no es pedir demasiado a los diplomáticos, si se espera que hagan algo positivo. La fatal, y lo que no permite un optimismo excesivo, es que una gran parte de la población mundial, y especialmente la de Europa, se

13

nomía atraviesa por una crisis que afecta a la nueva técnica de la máquina y al contrato a la gente, desprevención, y de esto resultaron dificultades para el progreso y los infelices siervos de la máquina tenían que sufrir, y, en parte, morirle literalmente de hambre.

La crisis se debió a incompreensión e ignorancia (la causa usual de una crisis) que como ella se manifestó en el terreno económico, se la tomaba por económica, y por tan importante, que la manía generalizadora llegó al extremo de ver en la economía el alma y omego de todo. Hoy ya hay disculpas para tales extravagancias, hoy se podría pensar otro vez en líneas humanas, ya que las irregularidades más graves se han allanado entranito: por lo menos nadie muere de hambre, o si esto ocurre, como actualmente en Europa y China, las causas no son económicas sino, en realidad, políticas. No todo es perfecto, sobre todo no lo es en países atrasados: pero perfección hay sólo en soñadas paraísos y en algunos raras de la física; en lo social hay que bastarse con estar encaminada hacia la perfección, y que estando en ella, que el bienestar de la humanidad que tiende a precuarse a todas condiciones dignas de un ser humano, no puede negarlo quien mira imparcialmente los ensayos sociales en los últimos cincuenta años, y sus resultados en países progresistas; y la prueba objetiva, numérica e irrefutable de que realmente el bienestar de las grandes masas en el siglo pasado ha aumentado más que en los millares de siglos anteriores juntos, la tenemos en el hecho de que el índice más general del bienestar, la producción de la vida, que en el mundo civilizado, como en este siglo se ha duplicado (la vida media del primitivo era de unos 20 años, hace cien años de unos 30, y hoy es más de 60). Quiso, frente a este inmediato e inesperrado éxito, no concederle el mismo referente o lo económico en el buen camino, decir que el podía hacer milagros, lo que efectivamente muchos creen.

Siempre hay bastante que mejorar, y es tarea de los competentes, con que ellos también cumplen, discutir los mejores métodos. Pero la importancia de los pueblos muestra desconfianza con la lentitud metódica de la ciencia; quiere que se haga "algo", no importa qué: hoy comunistas, mañana fascistas, vóranos con el mismo entusiasmo la construcción comunal, la guerra civil, la revolución, o lo que mañana se hará el milagro. Especialmente después de una guerra, esperan la recompensa por sus sacrificios, y ciertamente se hará algo, aunque no sea el milagro. El filósofo no cree en milagros, y, por eso, tampoco se impacienta ni mucho; no suceden; pero el mundo, como el mundo de Roma y también al socialismo razonable que, sin duda alguna, será el final, y cuyo estructura está determinada por los progresos técnicos: pero sabe también que los hombres en ningún caso irán por el camino más corto (esto parece contra la naturaleza de seres que han comenzado a ser racionales), sino que habrá aun muchas escapadas a la derecha y a la izquierda, sin que importe demasiado cual será la última, aunque para algunos decanos debiera ser decisiva.

Los diferentes itinerarios posibles para marchar hacia una sociedad que comprenda que es una sociedad compuesta de individuos, de cuyos dos premisas hacen extraer las conclusiones correspondientes se clasifican hoy en dos criterios en cuatro categorías, dejando de lado la antiquada distinción entre revolucionarios y reformistas, por ser sólo distinción y además vana, ya que las verdaderas, esto es, duraderas revoluciones se clasifican más corto. Pero es importante que algunos pretendan que el socialismo sea sólo posible en un Estado todopoderoso y que el individuo no puede ser feliz sino como objeto sin valor ni voluntad: son los totalitarios, que han comenzado con el "Estado absoluto" de Hitler, y a los que, con criterio lógico, se podría llamar "hornigueros", porque son el ideal de la comunidad hexapoda. Los socialistas del otro lado creen que el Estado no es un fin, sino un medio para poder realizar fines humanos; en especial no quieren sacrificar

la iniciativa individual a la que se debe todo lo grande de la humanidad: puede glorificar. Hay quienes prefieren la idea de la "sociedad perfecta" de la que se quiere, y toda como está acostumbrada desde miles de años; el conservatismo es innato en el hombre y no cambia con llamores socialistas.

La otra diferencia importante constante en que unos elaboran teorías salvadoras o intentan aplicar las de otros, mientras otros optan que el socialismo se establece mejor con el simple "common sense". Como creo que la sociología no está madura para elaborar una teoría científica, y que el sustituto de una pseudo-ciencia es que el franco reconocimiento de moverse en un terreno donde una orientación es sólo posible según reglas prácticas, vórtica por el sentido común, que, sustentado por buena voluntad, y más aún por el interés común de hacer la humanidad tan eficiente, productiva y poderosa como sea posible, ensaye transigir en medio de las diversas dificultades, que cada vez resurgan, para procurar a las masas humanas el máximo bienestar posible.

En la práctica las cuatro clases se reducen a dos, pues los pseudo-cienciales—deducidos por la palabra ciencia, que por su autoridad incontrovertible implica un dictamen infalible, la única que sea admisible—se inclinan, desde Pavlov a Marx siempre hacia el totalitarismo dictatorial; hoy son sus representantes principales los llamados comunistas de Rusia, y como variación más bien ridícula, sus antepasados nazis y fascistas.

Sus autoproclamados "sentido-comúnistas", atribuyen por su orgullo natural a ser hombres, suelen despreciar el horniguero, y no pueden ser ni siervos ni dictadores. Sus paradigmas son aquellos no muy frecuentes estadistas a quienes la historia recuerda como grandes hombres, desde Plancius hasta Washington; no un solo, sino bien literario lo eran los sociólogos ingleses, desde THOMAS HOPE hasta los modernos Fabians (los fabri, esto es, los carpinteros o arquitectos prácticos del socialismo); y hornigues activos como ROOSEVELT y Sir WILLIAM BENTHAM. Este antitotalitarismo de los sentido-comunistas se puede llamar también el socialismo de los ingleses, que, también en otro respecto, son conocidos por su sano sentido común.

Por la falta de comprensión de las alanzas, que divide al comunizmo, alando en campos los que en lo manifiestamente son antagónicos, esta discusión entre teoría y razón, que en si no tiene nada que ver con las guerras, se conecta con la actual, pues saber cuál de las dos tendencias es la correcta, es el problema que hoy es gran parte de quien pasará primero por el "Brandenburg Tor" de Berlín: quien sea, se llevará el renombre del vencedor, y los pueblos, en su ingenua veneración de la victoria, se preparan a aceptar el vencedor, y así se resuelve la cuestión social. Es absurdo, pero así son los seres: hasta a uno como Hitler, si no hubiese podido ser su primera guerra, muchos le atribuirían ciertas facultades parecer invencible ante el mundo, y así se le atribuye a él de la humanidad que lo ha liquidado, les daría con el retro de sus ejércitos, paso libre—se puede estar seguro que una ola de entusiasmo totalitario hacia STALIN inundaría el mundo. Pero el mundo, como el mundo, puede decidir lo suerte de la humanidad por algunos años; pero lo probable es que este infeliz ya no tenga poder para decidir algo, de modo que el mundo podrá progresar sin la repetida revolución que el mundo de Hitler para vencer.

Las dos premisas que aun quedan, se contestan con pocas palabras. Yo no creo, como se dice en la encuesta, que el predominio de la voz de los pueblos serviría o la paz, que no se defende sino con un fuerte ejército internacional. Esto lo he leído en el libro de L. T. H. de ministro SULLY (1600); y ROUSSEAU (1790), en su juventud tan conculado en la bondad de los hombres, siendo vórtica adió con el excepticismo de quien conoce a los pueblos: "los hombres se unen y se divide luego en paz, es posible que se acostumbren y la agitan también sin cose-

ción. Hoy, en el siglo del sufrago universal, es plausible que los modernos Rousseau hablen más respetuosamente de las masas, pero por eso no han cambiado desde la muerte de Rousseau. No todos los pueblos son tan bellosos y tan estentore, como actualmente los del eje; pero hay bastantes que no lo son suficientemente; y todos, sin excepción, conciben todavía su su gloria en las hazañas guerreras de sus antepasados. Hoy sus instintos hereditarios de sanguinarios, que en España y hoy en todo el mundo, con su pronunciado nacionalismo y su xenofobia que se opone a toda emigración que pudiera significar competencia (véase en EE. UU. por dar la prohibición de la inmigración se debe principalmente a los obreros), con su falta de idealismo (salvo los tales por raras excepciones) que en las masas no suele ser más que la "mentira de la vida" para ennoblecir la lucha con mejores uolores y menos trabajo, no son ciertamente ideológicos, pero muy peligrosos. Pueden mostrar únicamente ideas, pero peritos con inclinaciones sociales, dos cualidades que ya de por sí son raras, y en su combinación, rarísimas, pero la dicha del futuro depende de que se hallen métodos científicos (psicocientíficos) para mejorar estas cosas, así como la masa, que es el fundamento que en nuestra complicada civilización, con su inevitable gran burocracia, ellas son más imprescindibles que nunca.

En mi opinión, esto puede lograrse sólo durante los años próximos, por medio de una organización educacional con amplias miras sociales, que, a base de la escuela única, brinde a todos absolutamente las mismas oportunidades, pero al mismo tiempo: con tacto psicológico, los críbe severamente, sin permitir que en su espíritu se desarrolle la superioridad ni lo merezca por sus aptitudes sobresalientes, obviamente, considerando todas las formas de aptitud. Sólo así se puede esperar establecer, por tal clasificación de la juventud, una jerarquía justa y útil, y prebular el resultado del sistema de hornigues, que, en el mundo, es superior. Como tal escuela única y chuladora debería ser estrictísima, no es aquí el lugar de exponerlo; pero estoy convencido que ella es la tarea más importante para ayudar el adelantamiento de tiempos más dichosos, siendo además la única base sólida para edificar una democracia futura.

La última pregunta (¿qué puede hacer América para la reconstrucción?) no es contestable en esta forma, pues América no es una unidad: geográficamente son dos o tres, históricas y culturales son tres, y como las tres partes cuentan las repúblicas con poblaciones preferentemente coloradas como tercer componente). Lo que el Norte hace, lo sabe el mundo; el Norte ha creado para la guerra un ejército de punta técnica que en su mundo es único, y está ya preparando el ejército de técnicos peritos—maestros, administradores, etc.—para la reconstrucción. Lo llaman ARM, lo que sin embargo no quiere significar Army, sino "American Reconstruction Mission". Esto es, según lo he mencionado exparte, lo mejor que se puede hacer. Y lo único práctico (common sense): además es viejo costumbre yankee: estuve en Manila cuando, después de la guerra, llegaba el primer buque americano, y venía lleno—o de maestras.

¿Qué dice el Sur hacer algo semejante? Aunque tengo, como América Central e incluso sus pequeñas repúblicas negras, casi el 95 % de la población del Norte, por estar dividido en 50 territorios, bajo 25 soberanías, es internacionalmente impotente. ¿Cómo podría estas provincias aisladas ayudar a la unidad internacional, si aun no han logrado su propia unidad nacional?

Además, y tal vez sobre todo, el norteamericano es el tipo más activo que el mundo haya producido, y en el Sur, hay todavía bastantes hornigues. Y en el Sur, como en América Central, el tipo de la lucha, nada piensa en luchar, acaso con excepción del Brasil y Méjico, que, característicamente son también los Estados mayores en la vieja mitad de los latino-americanos. Se retienen comités, se toman resoluciones, se hacen encuestas y se dan conse-

Dr. Josemaría Murillo Vacarezza
Rector de la Universidad de Oruro, Bolivia.

No es posible responder al cuestionario con toda la amplitud de sus trascendentes tópicos: abarcan profundas cuestiones sociológicas que necesitan exposición y demostración; pero, dentro de las limitaciones de una revista, quiero expresar, de comienzo, que la presente guerra no es más que la esperada "revolución social" en su forma más dinámica, y por ello con ese criterio debemos presentar las características de la reconstrucción socialista.

El nazifascismo no es una doctrina de redención sino de injusticia: a través de la fabia de superioridad racial de hacer para una nación el mayor cúmulo de privilegio, mantenido así la inhumana lucha de clases que se simulara en el predominio racial sobre los países sojuzgados: es la culminación del supercapitalismo, y por ende, la destrucción del mundo. No se puede concluir ese relato periodico en la historia de la humanidad.

El mundo no ha de volver a la vieja democracia unilateral y pseudopolítica: precisamente la fuente de todos nuestros males y calamidades, ha sido el sistema de la guerra. El mundo no puede volver a la vieja democracia unilateral y pseudopolítica: precisamente la fuente de todos nuestros males y calamidades, ha sido el sistema de la guerra. El mundo no puede volver a la vieja democracia unilateral y pseudopolítica: precisamente la fuente de todos nuestros males y calamidades, ha sido el sistema de la guerra.

En Inglaterra y en los Estados Unidos, los hombres tienen libertad y libertad, pero en algunas de sus formas, no han tenido seguridad alguna para su bienestar: es probable que se me diga que en Rusia no había esa libertad de pensamiento pero había la certidumbre de una democracia económica: no nos olvidemos de que Rusia, desde la Revolución de Octubre, está en transición y que no pretende haber llegado al fondo, por ahora, desea alcanzar la humanidad.

En Latino América no hay democracia de una ni de otra clase, y en ella no hay pro de alguna de sus formas, incipiente: por ello mismo, la democracia política vive largos años en suspenso, y la democracia económica es precaria: por eso es que gobiernos hasta ayer promozas se han adherido a la causa norteamericana, y hoy se han retirado, y en su adhesión al estado de guerra de los países aliados han encontrado otro medio de lucro para amanzar a sus pueblos con la restricción de sus libertades. Un ejemplo patente es la declaración del "estado de guerra" hecha por Bolivia como un presente grotesco al mundo.

Y pueden ustedes creerme—ya referido al mismo tiempo a este artículo en que, por eso he evitado dar conclusiones—que los ingleses necesitan consuelo: ellos saben qué hacer, y lo hacen.

Así, como nacidos, el Sur no podrá hacer mucho, precisamente porque no es una nación; pero cada suramericano, como cada habitante de América, tiene que aportar mucho, si comprendiendo que en el momento la cuestión política (comopolítica) es más agremiante que la económica, asume una posición decididamente internacional, y la difunde tanto como pueda. Si con esto—ya que nos depreciamos—logramos al fin vencer a los gobiernos, en un bloque único, dijéramos: "nosotros queremos renunciar a nuestras soberanías locales en bien de una soberanía mundial", entonces Sur América podría así contribuir con una acción trascendental, que cambiaría el mundo, y así, como la consideraría la cuestión para la que, ideológicamente, le predetermina su historia. Sin embargo, ésta deberían ser utopías.

PROF. DR. JORGE F. NICOLAI

Victeprante Wallaces, que en el fondo es la declaración del "estado de guerra".

Pero, decíamos que el actual guerra es precisamente la "revolución social". Los marxistas más ortodoxos habrían esperado que esa revolución hubiera ido encendiéndose sucesivamente desde Rusia hacia el Oriente y Occidente, y que hubiera tenido otra forma de expresión: las masas voladas por las calles, banderas rojas, himnos, combates de las esquinas, agitación en los focos que, a manera del "Instinkt Smolny", concentraron al estado mayor de los socialistas en todas las ciudades importantes del mundo. Pero ello sería poco histórico y nada didáctico; quería decir que el mundo se hallaría tan retardado en este orden como en 1917.

La revolución social la ha hecho la guerra misma; y esta guerra es la secuela de las posturas de un período para dar lugar al comienzo de otro: cuando los gobiernos aliados han puesto en práctico reformas de carácter social tan trascendentes que hasta la visperas de Munich habrían parecido imposibles o torpes o los elementos más reaccionarios, y por las cuales aludían los retardados, y por el mundo está yendo precisamente por ese camino puesto en los cálculos de todos los que han perseguido el bienestar de la humanidad.

Y estos cambios no tendrán la probabilidad del actual conflicto, porque si se ven a la luz de las realidades con la rutina prebica, la conciencia continuará en su forma más sangrienta; los pueblos, que antes vivían a la retaguardia, no podrían conformarse con renunciar a sus conquistas o a sus sufrimientos, privaciones y lecciones; ni han de admitir los acuerdos, una vez concluida la producción bélica, cuando sus brazos inactivos, sus estómagos vacíos y su porvenir incierto. En el caso seguro del plan Beveridge, visto todavía en una cosa audaz, está el germe de muchos y profundos cambios que irán más lejos que ese plan.

Pero, así como sería inconcebible la existencia de verdaderas democracias políticas con regímenes que las niegan o las combaten, porque ello sería como prolongar un "estado de guerra", que haría eterna como ocurrió en 1930, tampoco será posible garantizar a la humanidad una democracia económica si no cambia el régimen entre los países, que no se reducirá a simples relaciones políticas, sino a un nuevo régimen de asociaciones económicas. El federalismo político no es más que un medio, y el mundo no puede esperar la federalización económica; contarán muy poco las fronteras, pero serán más importantes las zonas de producción, las regiones industriales. Una coordinación de éstas dará al mundo la base para la unidad y tranquilidad, y todos los hombres podrán prosperar; ello habrá eliminado a las clases y a su lucha y muchos principios egoístas, surgidos de una ética de desconianza y de aislamiento, harán desaparecer.

Ello también hará de nuestra América un continente verdaderamente libre: ni gobiernos que alteren a sus pueblos con dictaduras o tiranías, ni imperialismos que exploten sus materias primas y que agoten la vitalidad de sus habitantes; para estar bien el cheroamericano necesitará que éste libre el otro argentino, boliviano o paraguayo que le mande materias primas; y así libre no podrá prosperar sino en libertad de acción y en seguridad de vida.

No aprecio así el movimiento de la historia, frenarlo con artificios medios, sea comprimir odios, emulaciones, rivalidades, ansiedades y necesidades para que, en otro momento muy cercano, estallen por cualquier otra válvula, que quizá entonces no sea su racismo, un hilicismo, un antiamericanismo, una teoría del "espacio vital", pero que se manifestará con cualquier cosa que sea explotar ese molesto: y como aquello implicará tratar de construir una cosa incontinente, es estallido no esperado, no años como la guerra actual, sino quizá ni 20 meses o tal vez ni 20 semanas.

IOSERMO MURILLO VACAREZA

Dr. Saul Taborda

Sociólogo y filósofo; uno de los valores representativos de la cultura argentina.

La nación es un fenómeno histórico. Se da ahí donde un pueblo se alinea en la visión de un tipo de hombre cuya realización confía en su futuro en el Estado. Pues es la fuerza de ese ideal entristecido la que le confiere significación política al ser ese ideal la imagen en la que confluye la comunidad étnica que humanos nace. Engendrado en un momento dado en las entrañas del caos, lo define, lo aclara y lo anticipa la fantasía poética en las intuiciones egregias del arte. Ni la raza, ni la lengua, ni las costumbres, ni la religión, ni la tierra común deciden aquí: quien decide es el momento misterioso en el que el pueblo, homogeneizado por la concepción de un tipo humano considerado como suma y resumen de sus virtudes cívicas, se resuelve a realizarlo para realizarse en sus propios virtuales cívicos. La vida propia se hizo histórica en el ideal del héroe. La vida propia se hizo histórica en el ideal del caballero cristiano; la Francia de la Revolución se hizo histórica en el ideal del ciudadano idóneo y nacionalista; Inglaterra como nación se hizo histórica cuando engendró el ideal del gentlemán, síntesis admirable del caballero del fair play y del negociante del *cash*.

Ideales aristocráticos, ideales de consumidores, opuestos por naturaleza al ideal del productor, los que acabo de mencionar necesitan para realizarse de un sustrato económico mientras Inglaterra, como nación, se hizo histórica por la concepción de un tipo humano considerado como suma y resumen de sus virtudes cívicas, se resuelve a realizarlo para realizarse en sus propios virtuales cívicos. La vida propia se hizo histórica en el ideal del héroe. La vida propia se hizo histórica en el ideal del caballero cristiano; la Francia de la Revolución se hizo histórica en el ideal del ciudadano idóneo y nacionalista; Inglaterra como nación se hizo histórica cuando engendró el ideal del gentlemán, síntesis admirable del caballero del fair play y del negociante del *cash*.

A veces la explotación de esa clase productora se forma difícil o conflictiva, por haberse sostenido toda la comunidad el ideal de elección hasta el punto de hacerse iminente la realización del tipo humano que lo informa en las propias capas inferiores de la población —que fue el caso de la plebe romana y que es el caso actual del trabajador inglés, indultado como sale del espíritu del gentlemán que lo convierte en un gentlemán en potencia en visperas de ascender a las esferas de la nobleza— y entonces la fuerza expansiva del ideal rebasa los límites nacionales y se veuela sobre los pueblos, estallidos, provocando, en las ocasiones que se cupo de propósitos culturales favorecidos por la propaganda internacionalizante, en ocasiones mediante empresas de fuerza, los productos de subsistencia que hacen a la consecución de sus cumplimientos históricos. De esta actitud nace el imperialismo. Cuando Inglaterra, alida de los límites de la nación para dedicarse a la colonización y al sojuzgamiento de pueblos foráneos, inició la empresa de un imperio, del imperio del gentlemán que, cronológicamente, es el segundo gran imperio que se ha conocido después del de Roma.

Todas las respuestas a esta Encuesta expresan solamente el pensamiento de sus autores. Su publicación no implica que sus conceptos sean compartidos por la Dirección de la revista, la que expondrá su propia opinión al final de la Encuesta, sintetizando y procurando recoger en sus conclusiones los ideas fundamentales de todos los colaboradores de la misma.

El imperio del gentlemán es el derecho responsable de la guerra. Así cuando él no la haya provocado y desencadenado, la ha provocado y la ha desencadenado. La guerra de hoy, mortalmente durante dos siglos sobre las posibilidades históricas de los ideales foráneos —incluido, desde luego, del ideal del trabajador que hoy está troquelando, quiera que no, su capacidad en el terrible duelo con el nazismo— ha despertado odios tan profundos y resistencias tan enconadas que sólo se pueden disminuir en la guerra. Ha formado un tipo escogido —no cabe negarlo—, pero lo ha formado con un refinado egoísmo, a costa de muchos destinos ajenos, tan humanos como el suyo. Como el perfume que, según se cuenta, necesitaba sacrificiar veinte mil niñas para obtener una sola una del único perfume que usaban los emperadores persas, para obtener un gentlemán el ideal inglés necesitó sacrificiar el destino de cuarenta millones de hijos. De cuarenta millones de hijos los países de los pueblos tributarlos que, como nosotros, trabajan para él.

Siendo esto así, la nación debe ser considerado como una forma de vida insustituible, destinada a salir indemne de la remoción de la guerra; pero no se puede pensar en la posibilidad de que los que ahora se reparten la tierra puedan formar uniones regionales y continentales estables y duraderas.

Para que esas uniones fuesen étnicamente auténticas y políticamente eficaces sería necesario que coincidieran con un ideal de tipo humano realmente común a esas naciones que las integran, y ésta no es una condición que dependa de la buena intención. ¿Cómo pensar en antefactos para la paz, en continentes como el de Europa, donde mientras Inglaterra propone el ideal del hombre, Francia propone su ideal de la aristocratización de la burguesía explotadora de la producción, Alemania propone su ideal de la fidelidad racial, Rusia propone su ideal del trabajador teñido de mesianismo universalista, y la España franquista exhibe como su museo el ideal caballeresco de Amadís de Gaula?

Na fallarán, sin duda, sobre todo en Europa, las intenciones por formar entidades de la índole de las coaliciones ya conocidas. Las halas y en buen número; pero desahucio que, en el mundo, por tener a equiva, los países estarán destinados a un irreparable fracaso. Fracasarán porque en fuerza de pretender una amalgama de ideales humanos contradictorios, que es tanto como intentar depositar a cada nación de sus rasgos originales, mostrarán a corto plazo la misma incoherencia constitutiva que dió al traste con la Liga de las Naciones.

Si se piensa que en rigor de verdad esta guerra es una revolución en la que el heroísmo del pueblo suyo está fraguando el tipo histórico de los siglos del hombre, el del trabajador, único capaz sobre el cual se puede edificar un orden social verdadero, es fácil inferir —ya lo están afirmando los signos— que esas uniones y bloques políticos no estarán dispuestos para la paz, sino para impedir la afirmación de este. El hecho de que hoy lleven una causa común no garantiza de la actividad de esa causa. Después de todo, Rusia propone a la vigencia un ideal humano desahucio y postergado durante más de dos mil quinientos años y es natural que tope con la violenta oposición de los ideales que le negaron. La guerra entra en la dialéctica de los ideales.

Acaso los pueblos americanos de línea latina se encuentren en condiciones en una entidad política estructurada en función de un ideal humano común. Abundan los motivos de todo orden para admitir esa posibilidad. Pero se trata de pueblos penetrados por la realidad histórica de los ideales foráneos. Imperialismos bien conocidos —el de Inglaterra, en primer término, y otros después— les impiden crear el ideal humano de que están gravados sus entrañas. Ninguno de ellos se duerme en su ideal. Todos arrojan una especie de presencia de empuje colonizador, de empuje que guardan para beneficio ajeno oligarquías reclusas en la feria del fraude, ciegas para la visión de los rumbos ascendentes de sus pue-



blo, insensibles a los estremecimientos que preceden al nacimiento de un imperativo de civilidad, sordos al mensaje que manda romper las amarras invisibles que postergan la hora afirmativa de la eternidad de su nombre. Por lo consiguiente, fuerza es contar con la inevitable oposición de los intereses comprometidos. Saber si esos pueblos se resolverán a sobreponerse a las conveniencias de esos intereses —un asunto dilemático latente en la conciencia de todos ellos— es asunto que sólo puede dilucidarse en el hecho real y concreto de la constitución de la unión de las naciones latinoamericanas.

La nación, definida por el ideal de un tipo humano querido y apetecido, es —repito— una forma de vida histórica insustituible. Dentro de ella, la elección de un sistema político depende menos de consideraciones teóricas que de la propia realidad vital. El federalismo y el unitarismo pueden ser igualmente eficaces y válidos, pero lo serán siempre en la medida en que se constituyan como una realidad vital. Son órganos calculados para realizar los fines ideales y por eso mismo deben hacer viva, efectiva e indestructible la relación del individuo y la comunidad. Vida política quiere decir tanto como comunión del individuo y la comunidad. Todo lo que no sea eso es mero maná. Autoridad mera y simple. Individualismo insurgido contra las normas éticas, o estatismo rebabeo como el que propugnan los regímenes totalitarios.

Por lo mismo que la bondad de un sistema político depende menos de consideraciones teóricas que del grado en que establezca el debido equilibrio entre el individuo y la comunidad en el transcurso histórico que los empuja a la consecución de un ideal, yo prefiero para mi país el federalismo de base común en un ideal humano, que el ideal de nuestro pueblo, al federalismo abstracto y académico que está escrito en la carta fundamental. Este federalismo abstracto y académico es una simple simetría o favor de la carta un controlismo arbitrario y desentendido de nuestro sistema de líneas fónicas la ingenuidad en nuestra vida civil de los imperialismos extranjeros que nos explotan y nos asocian. El estructura nuestras instituciones fundamentales —parlamento, magistratura, economía, educación—, desde lo alto del racionalismo destinatario que le preside y responde a ese ideal del ciudadano idóneo y nacionalista exaltado por la burguesía francesa, que no es nuestro ideal de hombre, porque nuestro ideal de hombre es el del hombre total, de ras voluntarios, que hemos heredado del alma española. El estructura de arriba a abajo —desde la razón— sin preocupación de nuestra propia expresión. Al concepto racional de la ley es indiferencia la idiosincrasia del etnos. Si ésta no se acomoda a la ley que le dicta, peor para él.

Entre quién, como argentino, se siente ligado a la responsabilidad de la ciudadanía y piense que una ley sólo es ley —u su ley— cuando se nutre de los más profundos estratos de la existencia nacional, admitirá de inmediato el deber, el impostergable deber, de transmitir el orden imperioso que venimos construyendo a lo largo de nuestra vida institucional para instaurar, esta vez desde el obojo, desde la común, desde la forma viva y concreta elaborada por la tradición creadora para la co-responsabilidad del individuo

de causalidad? No, de ningún modo. De lo que dudamos es de que sea posible realizar dos experimentos en circunstancias exactamente idénticas. Si los sucesos son simultáneos, o sea si dejamos caer si multáneamente los dos trozos de vidrio se efectuarán en diferente lugar del espacio y en las circunstancias no serán idénticas. Si

cambio los sucesos se efectúan uno después del otro, ha cambiado en el lapso transcurrido la posición de otros cuerpos del universo, por ejemplo la posición del sol, con respecto al lugar del experimento, y a priori no podemos afirmar que la posición del sol no tenga influencia en la distribución de los trozos de vidrio de nuestro ejemplo.

Se desprende de lo que precede que el principio de causalidad que aplicamos en la vida diaria, y también en la ciencia, no es el principio de que "a iguales causas iguales efectos", sino el que se podría enunciar en forma mucho más modesta del siguiente modo: "a causas aproximadamente iguales suceden efectos aproximadamente iguales".

Comprendiendo estas dificultades, Laplace dió un enunciado de principio de causalidad en el cual hacía intervenir al universo en su totalidad:

"Una inteligencia que en un instante dado conociera todas las

fuerzas que actúan en la naturaleza y en posición y velocidad en ese instante de todas las partículas del universo podría, si fuera suficientemente poderosa, someter al análisis todos esos datos y obtendría así, por una y la misma fórmula, tanto el movimiento de los cuerpos celestes como el del más liviano de los átomos; para esa inteligencia nada sería lejano y ante sus ojos se haría presente tanto el pasado como el futuro.

Esta formulación del principio de causalidad le fué superada a Laplace, sin duda alguna, por la perfección alcanzada por la mecánica celeste. El mismo Laplace agrega:

La trayectoria descrita por una simple molécula de aire o vapor está con seguridad tan determinada como las órbitas de los planetas: la diferencia proviene únicamente de nuestro desconocimiento.

Antes de seguir adelante, observaremos, que la formulación de Laplace del principio de causalidad en la cual hace intervenir una inteligencia extrahumana, no difiere, en esencia, de la formulación vulgar que mencionamos al comienzo y que se sintetiza en la frase "está escrito".

Primera: Si se conoce en un instante dado la posición y la velocidad de una partícula, se puede, (segunda parte) conociendo ade-

mas las fuerzas que actúan sobre la misma, calcular su posición y su velocidad en un instante posterior cualquiera. Como para efectuar este cálculo es necesario el conocimiento de la ley, se presupone

[illegible]

GRINFELD Y POR EL INGENIERO AQUILES MARTINEZ CIVELLI

mal del error que se comete en la determinación de la posición del electrón y el radio de la segunda esfera da una medida del error cometido en la determinación de la posición de la partícula en la primera esfera, esfera de posición y a la segunda, esfera de velocidad.

Ahora bien, el principio de Heisenberg puede enunciarse diciendo que los *medios* de estas dos esferas están entre sí en *radio* inverso, o lo que es la misma *producto* de ambos radios es *constante*. Esto significa que en principio no puede darse una medida, a tal modo, que el radio de la esfera de posición sea extremadamente pequeño, pero en ese caso el radio de la esfera de velocidad será extremadamente grande. Inversamente, si determinamos con mucha precisión la velocidad, lo que significa en nuestra representación, que el radio de la esfera de velocidad es pequeño, quedará muy indeterminada la posición. Luego, pues, no existe límite alguno para determinar con la precisión que se quiera, separadamente la velocidad o la velocidad de un objeto, la limitación está cuando se quiere determinar *simultáneamente* ambas magnitudes. Si el radio de una de las esferas disminuye, el radio de la otra aumenta. Dije ya que el producto de estos dos radios es constante. (Cualquiera vale esta constante) El valor de ella es igual a la constante de acción de Planck dividida por la masa de la partícula que se trata. Haciendo peso R al radio y a la primera esfera y R', al radio de la segunda (radio cuya dimensión son las de una velocidad) el principio de Heisenberg se expresaría por la fórmula siguiente:

$$R \times R' = \frac{h}{m}$$

en que h es la constante de Planck y m la masa de la partícula.

Con esta fórmula delante de los ojos se comprende cómo la física clásica podría vivir hasta el presente. La constante h es tan pequeña que la constante de Planck, h , tiene un valor extremadamente pequeño, del orden de diez a las milésimas de diez. Si se expresa en unidades del sistema de unidades que se usa en física, las partículas comunes que considera la física microscópica, el siguiente miembro será considerado igual a cero. Si está siguiendo medidas de cero los radios de ambas esferas podrían ser idealmente nulos. De ahí que en la mecánica clásica tiene pleno sentido decir: sea una partícula de masa M que tiene tal posición y tal velocidad. Pero si la masa de la partícula es muy pequeña, como la de un electrón, cuya masa es del orden de diez a la milésima veintinueve veces el valor de la constante del segundo miembro, h , está muy lejos de valer cero. Para un electrón h/m vale 7 centímetros \times centímetros por segundo. Esto significa que si el radio de la esfera de posición de un electrón vale 1 centímetro el radio de la esfera de velocidad valdrá 7 cm/seg.

De aquí, que en lugar de decir: sea una partícula que en tal instante tiene tal posición y tal velocidad, deba decirse: sea una partícula que en tal instante la probabilidad de encontrarse en tal parte del espacio y la probabilidad que tenga tal velocidad.

He dicho ya que esta limitación en la determinación simultánea de la posición y de la velocidad de una partícula, reside no en una imperfección o limitación humana sino en la propia naturaleza de las cosas. Para comprender esto es necesario que imaginemos cómo deberíamos llevar a cabo las medidas si quisiéramos mucha precisión en la determinación de la posición o por el contrario en la de la velocidad.

Consideremos que deseamos llegar con precisión la posición de la partícula. Utilizáramos para ello un microscopio. Para iluminar la partícula podemos utilizar luz roja o luz ultravioleta o Rayos X, etc. Digamos desde ya que se trata de un microscopio perfecto y que no es necesario que apliquemos el ojo al ocular del mismo. El ojo puede ser reemplazado por una película fotográfica atada a la luz empleada. (Cual de todas esas luces será más conveniente? Los físicos dicen que se desprecia la extensión de la luz roja, pero no saben que llega un momento, en que por grande que sea el aumento utilizado, no es posible distinguir con precisión ciertos detalles. El microscopio tiene determinado poder separador y este poder separador depende de la longitud de onda de la luz empleada.

Se obtiene mayor poder separador, es decir se aproximan mejor los detalles con luz azul o luz roja. Con luz ultravioleta o Rayos X, la longitud de onda más corta, el poder separador es mayor y sería mayor todavía si utilizáramos Rayos X o rayos gamma. Si quisiéramos ver agujeros dos puntos separados si un miliostrón de centímetros es indispensable que utilizemos luz de longitud de onda inferior a aquella distancia, los dos puntos con luz de longitud de onda igual o mayor, las dos imágenes se superpondrán y veremos en lugar de dos una única mancha. Del mismo modo, si deseamos que el radio de la esfera de posición sea igual a lo que se requiere un miliostrón de centímetros deberemos utilizar en la determinación luz de longitud de onda en algo inferior a aquella longitud. Pero he aquí que la partícula que estamos examinando recibe un impulso al ser chocada con la luz. Pero este impulso perturbador que hará variar la velocidad de la partícula es tanto mayor cuanto menor sea la longitud de onda de la luz empleada. Los fotones correspondientes a la luz roja son portadores de un impulso relativamente pequeño y ya el impulso es mayor para la luz azul y mayor todavía para los rayos X o los gamma.

Como el impulso mecánico de los fotones es igual a la constante de Planck sobre la longitud de onda, resulta de aquí, casi de inmediato, que la velocidad de la partícula cambia a medida que varía el límite que hace que el producto de la incerteza de la posición por el producto de la incerteza de la velocidad, por la masa, sea igual a la constante de Planck.

O sea, entonces así la fórmula correspondiente al enunciado del principio de Heisenberg. (Se desprende casi de todo esto que el principio de causalidad en el dominio del átomo, es falso).

No, no es en sí falso ni verdadero es una proposición carente de sentido. Si enunciamos el principio diciendo: por ejemplo, que "todo lo que sucede es lo que debe suceder, queda reducido así a lo que los físicos llaman una tautología, pues: ¿Qué es lo que debe suceder?... Lo que sucede.

Si en cambio tratáramos de enunciarlo como una proposición real, esto es, como una proposición que se refiere al comportamiento del mundo físico, deberíamos darle tal forma que sea dicho principio controlable experimentalmente. Y esto es imposible.

Para valorar el alcance del vuelco que ha experimentado la física de nuestros días, volvámosla a pensar en términos de ejemplificar, un triángulo cuyos vértices se encuentran en los centros de tres esferas determinadas. Si de ese triángulo alguno que es isósceles se trata aquí de un juicio sintético que podría ser falso o verdadero lo que se decidirá por medio de mediciones. En cambio si de ese triángulo alguno que la suma de sus tres ángulos es igual a dos ángulos rectos, este juicio sería para Kant un juicio sintético a priori. Para el solitario filósofo de Koenigsberg la geometría euclídea era el presupuesto anterior y seguro de toda experiencia. Era una forma de nuestro pensar. Para la física actual, en cambio, el juicio que expresa la suma de los tres ángulos de un triángulo es igual a dos rectos es simplemente un juicio sintético y por añadidura presumiblemente falso.

Esta posibilidad del hombre de cambiar lo que se creía que era una forma invariable de su pensamiento, el espacio, el tiempo, la causalidad, para ordenar dentro de nuevos marcos la revolución de hechos de la experiencia es lo que *Weissenbach* llama la "revolución copernicana" de nuestros tiempos.

Se pensará, quizá, que aun queda la aritmética, en su simplicidad y pureza, para mostrarnos que pese a todas las crisis, y a todas las tormentas, permanecerá por siempre incólume e invariable. Podemos acaso pensar en un mundo en que cinco más siete no sean doce? Cero que sí, pues el pensamiento humano no tiene más limitaciones que algunas pocas principios lógicos y la física nuclear del futuro se llega a esperar sobre sus nuevas aritméticas en la cual cinco negativos más siete negativos podrían no ser doce negativos.

Si pensamos que las fuerzas no se suman aritméticamente sino vectorialmente, esto es, que una fuerza de cinco kilogramos más otra de diez kilogramos da en el total una suma diferente de 12 kilogramos y aun en nuestro mundo familiar de dimensiones medias, (por que habría de ser, aunque los números en la misma forma en que se suman las masas).

[Por que la suma no ha de depender de su distribución y de su distancia? Una cosa son las proposiciones puramente lógicas y otra las proposiciones de la física. Un litro de agua y un litro de alcohol ocupan separadamente un volumen total de dos litros, pero mezclados, el volumen total es menor. La llevadad de esta exposición nos obliga a recurrir a ejemplos y comparaciones que pueden dar cierta idea acerca de nuestro pensamiento sobre la estructura lógica de la física teórica, pero esos ejemplos deben tomarse solamente como ejemplos de apoyo para una ulterior reflexión.

Consideremos, pues, que fundamentalmente la misión de la ciencia consiste en ordenar los hechos, los datos de la experiencia. Para este ordenamiento debemos ajustarnos a ciertas normas, como hace un bibliotecario con los libros de su biblioteca.

Si el número o la variedad de libros a ordenar se hiciera muy grande, puede llegar un momento en que el bibliotecario se vea obligado a justarse a un nuevo criterio de ordenamiento. El espacio y tiempo absoluto de la física newtoniana y su estructura causal, fueron normas aptas para el ordenamiento hasta fines del siglo pasado. Pero se descubrieron nuevos hechos por los cuales no había forma de hacerlos encajar en esas normas castradas. Y el hombre de ciencia cambió entonces sus normas, inventó un nuevo modo de clasificación y a eso se lo llama una teoría física.

No porque la física actual haya sustituido el rígido concepto de causalidad por el de causalidad por la probabilidad, ha aumentado la coherencia de nuestra librería, no. Seamos que la coherencia de nuestra librería y el poder de ordenamiento de la ciencia ha aumentado, porque hemos sido capaces de sustituir por nuevas normas lo que se creía que eran formas invariables de nuestro pensar.

Prof. Dr. ENRIQUE LOEDEL PALMBO

HOMBRE DE AMERICA

Asistencia Médica Popular

Director: Dr. M. MARTÍN FERNÁNDEZ

CURPO
MEDICO

PIEDRAS 756

Dr. ATILIO BERLINGIERI
Dr. LEON ARENDAR
Dr. ADOLFO F. MONILLA
Dr. ALBERTO ARENDAR
EVA V. DE GARCIA (obstétrica)
INSCRIBIÓ
U. T. 34 - 6061

BUENOS AIRES

Dr. Edgardo Casella
OPHTALMOLOGO

Especialmente cirugía de ojo

Consultas
CALLES 631 PISO 2º
U. T. 35 - 5187

Martes, jueves y sábados
de 15 a 19 horas

Avda. DIRECTORIO 2818
U. T. 83 - 7950

Lunes, miércoles y viernes
de 15 a 20 horas

Dr. Manuel Martín
Fernández

MEDICO

CONSTITUCION 587
U. T. 741 - 763

San Fernando

F. C. G. A.

Dr. JUAN LAZARTE

MEDICO

SAN GENARO

F. C. C. G.

Dr. Enrique U. Corona
Martínez

ABOGADO

LAVALLE 1268
U. T. 35, Libertad 3683

R. LOTITO

GINNASIA MEDICA - MASAJES

Díes: Martes, jueves y Sábados

COSTA RICA 4418
U. T. 72 - 4348

Eva Vivé de García
PARTERA

Consultas todos los días de
14 a 20 horas:

JULY 1240 U. T. 45-4009

Dr. LEON ARENDAR

MEDICO

PAVON 3780
U. T. Lomas 241-106

LANUS

F. C. S.

FERRETERIA
"EL PINCEL"
DEL MEDICO Hnos.

Presenta la mejor variedad en papeles pintados
IMPORTACION DIRECTA

RIVADAVIA 5712

Unión Telefónica 80-3024

Arte - Arte - Arte

Unión Revista de Plástica Argentina

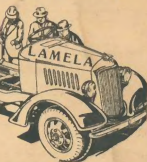
Fidala en librerías,
puestos de venta y
en la administración

LA COMUNA 3127 - U. T. 58-8443

EL EJEMPLAR 0.50 civa.

Arte - Arte - Arte

ACADEMIA
DE CHOFERES
"LAMELA"



MANEJO - TECNICA
Y REGISTRO. \$ 50.-

Rápidos - Facilidades
AUTOS PARA EXAMEN

DAIAZ VELEZ 4772

U. T. 60-7048 y 0103

"CASA ARIAS"
de ARIAS y RODRIGUEZ
Gran fábrica mendocina de pautas siléncicas y confitería
MAVO ejemplar MENDEZA - Telef. 216 - (CORRIENTES)

UN HOGAR PARA NATURISTAS

Alimentación compatible

Clima seco y benigno durante todo el año

Alvaro Pamiés. - Granja Iris

LA CUMBRE

CORDOBA

HOMBRE DE AMÉRICA

FUERTE Y LIBRE

AÑO IV MAYO DE 1943 N° 20
REGISTRO DE PROPIEDAD INTELECTUAL N° 071781

NÓMINA DE COLABORADORES

P O R O R D E N A L F A B E T I C O

Paco Aguilar — Miguel Ángel Angueira — Germán Arciniegas.

Tito L. Bancescu — Julio R. Barcos — Leónidas Barletta — José Basiglio
Agosti — Prof. Francisco C. Bendicente — Ing. Carlos Bianchi —
Aurora Bogú — Herminia Brumana — Marta Brunet — Antonio J.
Bucich.

Dr. Edgardo Casella — Oscar Cerruto — Dr. Florencio Charola — Justino
Cornejo (Ecuador) — Dr. Enrique Corona Martínez — Olga Cosse-
tini — Dardo Cúneo.

Carlos de Baraibar — A. Díaz Urrieta — Serafín Delmar.

Oscar Falchetti — Luis Fernández Zárate — Waldo Frank (E. Unidos).

Gerardo Gallegos (Cuba) — Dr. Rafael Grinfeld — Gilberto González y
Contreras (Cuba).

Jorge Hess — Prof. Dr. Alfonso L. Herrera (México) — Josua Hochstein
(Estados Unidos).

Dr. Juan Lazarte — Layle Lane (Estados Unidos) — Dr. Enrique Loedel
Palumbo — Alfonso Longuet.

Dr. Manuel Martín Fernández — Mauricio Magdaleno (México) — Ing.
Jacobo Maguila — Alberto Maritano — Aurelio Martínez (Perú) —
Félix Molina Téllez.

Dr. Isidro J. Peña — Juan G. Olmedilla — Luis Orsetti.

Lucila Palacios (Venezuela) — Armando Panizza — María Luisa Pe-
tettin — Magda Portal — Enrique Portugal — Jacobo Prince.

Eugen Relgis (Rumania) — José Riera (Bolivia) — Octavio Rivas Roo-
ney — Horacio E. Roqué.

Dr. L. Sack — Dr. Alberto Sagastume Berra — Diego Abad de Santillán —
Dr. Jaime Scolnik — S. Fanny Simon (Estados Unidos) — Dr. João
de Souza Ferraz (Brasil) — Juan Antonio Solari — Agustín Souchy.

Dr. Saúl Taborda — Andrés Townsend Ecurra — Jacinto Toryho —
Prof. Victor Troncoso (Chile) — Ricardo Tudela.

Abraham Valdez (Bolivia) — Rafael Heliodoro Valle (México) — Antonio
Vázquez Escalante — Arturo Vilches — Dr. Elemer von Karman.

Alvaro Yunque.

ILUSTRADORES

Cambior — Carybe — Gustavo Cochet — Enrique Fernández Chelo —
José Antonio Ginzó — Emma Jauch — Kras — Pedro Olmos — José
Planas — Francisco A. de Santo — Demetrio Urruchúa.

Dirección: A. CUPIT

Redacción y
Administración
AL SINA 736
BUENOS AIRES
U. T. 34 - Delencor 0297

Toda la correspondencia
debe ser dirigida a nom-
bre de A. CUPIT. Gira
y toda clase de valores
a VICENTE CASADO

Suscripción anual:
ARGENTINA: \$ 3.50
EXTERIOR: 1 dólar
Ejemplar: 30 centavos
Exterior: 0.10 dólar

La responsabilidad de
los conceptos e ideas ex-
puestas en los trabajos
firmados que se publi-
can incumbe exclusiva-
mente a sus autores. El
Comité de Dirección, de
acuerdo con el criterio
enunciado en la Decla-
ración inicial, no ejerce
censura previa sobre las
colaboraciones, ni aun
en las secciones fijas, a
cargo de redactores per-
manentes. Por tanto, de-
clara que en ningún ca-
so ellas implican una
opinión oficial de HOM-
BRE DE AMÉRICA.

Se autoriza la reproduc-
ción parcial o total de
los trabajos publicados,
con la mención siguien-
te: "De la revista HOM-
BRE DE AMÉRICA".

CORREO ARGENTINO

TARIFA REDUCIDA

Concesión N° 4335

Impreso en Argentina
Printed in Argentina